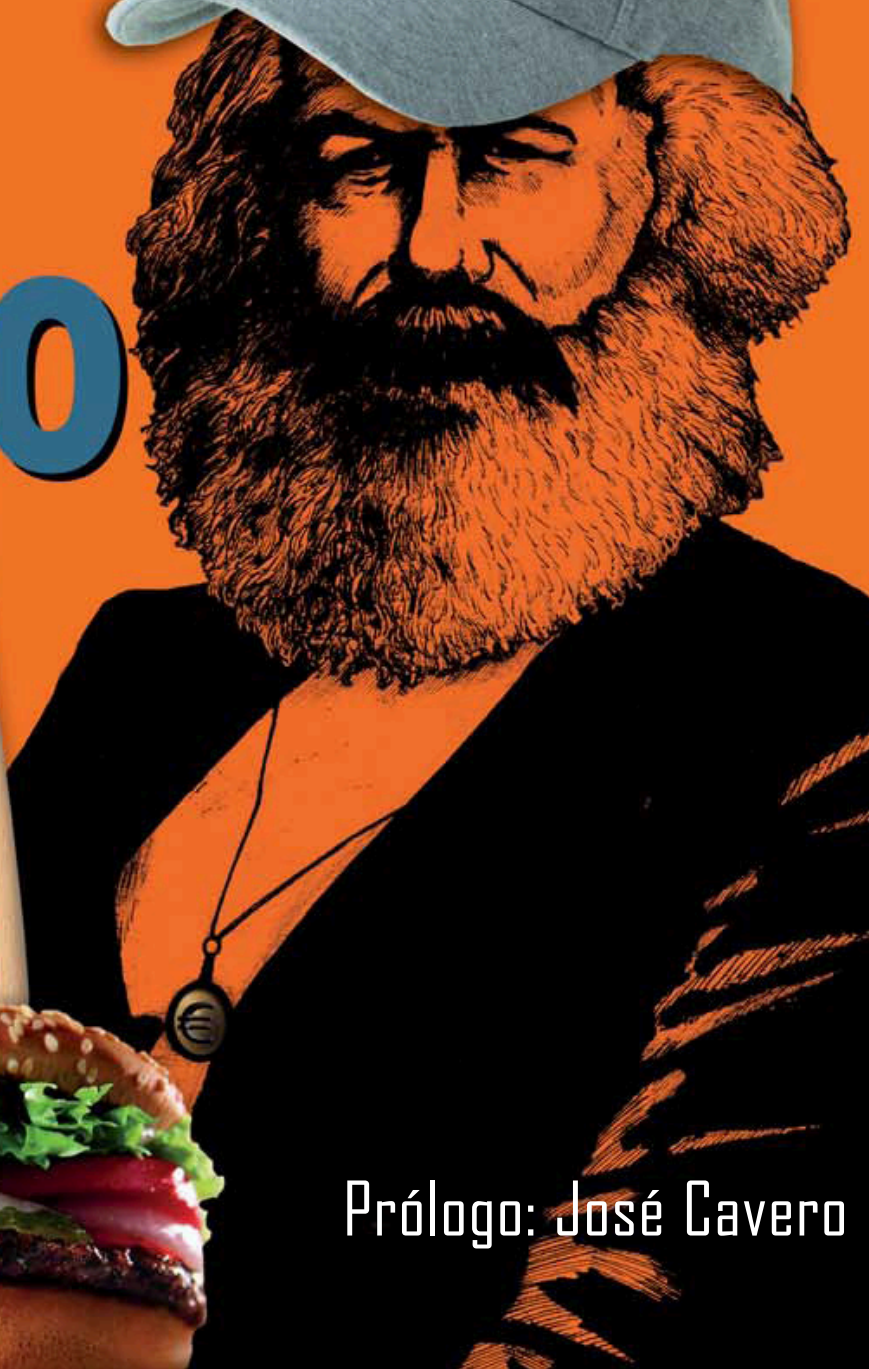


rara
R
avis

José Luis García Rodríguez

La agonía del

SO
CIA
LISMO



Ediciones
Irreverentes

Prólogo: José Cavero

JOSÉ LUIS GARCÍA RODRÍGUEZ

LA AGONÍA
DEL SOCIALISMO

Colección Rara Avis
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

©José Luis García Rodríguez

©José Cavero, del prólogo

De la edición: © Ediciones Irreverentes
noviembre de 2009

Ediciones Irreverentes S.L.

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-56-9

Depósito legal:

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España

PRÓLOGO

En los aún no demasiado alejados tiempos de la transición, a este periodista le correspondió un día la tarea de contar y recontar las siglas «vivas», y creo recordar que le salieron 234, para un reportaje que publicamos en el dominical de Arriba. Cada cual fundó, refundó o imaginó las siglas del partido que quiso. Luego vinieron las elecciones y su correspondiente rebaja, y aquella descomunal cosecha de siglas quedó reducida a la decena de siglas que hoy tienen representación parlamentaria, aproximadamente.

De aquellos tiempos también data una moda editorial: Nos contaron, para uso de ciudadanos en fase de inaugurar tal condición, qué era el socialismo, el comunismo, la socialdemocracia, los totalitarismos, las autogestiones o el nazismo. Muchos españoles aprendidos en letra impresa la historia de algunas de aquellas siglas que se empezaban a recuperar, pero que habían tenido larga historia. El Socialismo, la socialdemocracia, entre ellas.

De entonces acá, la transición pasó a la historia, y no pocas de las siglas y partidos siguen siendo supervivientes natos, o adquiridos... Esta «agonía del Socialismo» que nos presenta José Luis García Rodríguez viene a significar una puesta al día, o un complemento, a aquellos manuales de aprendizaje, de aquellas primeras nociones. Donde terminaban aquellos manuales para deseosos de saber, enlazan las condiciones de estas páginas, en las que se nos relata qué ha sucedido en este tiempo reciente, qué fue del viejo Socialismo, o Socialdemocracia, cómo ha evolucionado y hacia dónde se dirige o camina. García Rodríguez emplea el término de agonía en el sentido etimológico que Unamuno la utilizó para referirse al Cristianismo «en permanente combate». En adaptación constante, cabría decir. Porque esa es la

cuestión que se plantea el autor: ¿Este socialismo de nuestros días responde a las necesidades de nuestro tiempo, o ha quedado en desuso y está caduco? Y aclara el autor, con evidente oportunidad, que una cosa es el socialismo de sigla y otra cosa distinta es la izquierda, que muy a menudo son términos que se han hecho equivalentes o se han confundido, según los casos. Este país nuestro siempre tuvo, y sigue teniendo, formidables elementos de una izquierda deseosa e impulsora de renovación y modernización, aunque muy a menudo prefirieran mantenerse al margen de la militancia y el carné de partido.

En estos días de profunda crisis económica y de «bonus» de escándalo, ¿están a tono los socialistas del mundo, y el socialismo español más en particular? Rogríguez Zapatero se ha cansado de proclamar que este socialismo que él encabeza se viene esforzando por proteger a los más débiles, frente a las fuerzas vivas de una derecha pura y durísima... Unos dirán que sí, que tal cosa es cierta, y otros que ese socialismo «agónico» está muy necesitado de refundación y puesta al día. Pero tal vez se pueda sostener otro tanto con cada una de las fuerzas políticas y sus correspondientes siglas, acaso trastocadas por unos acontecimientos que ni previeron ni supieron afrontar dignamente.

Pasen y lean. Y aporten sus propios elementos y materiales a una controversia, en todo caso, enriquecedora y conveniente.

JOSÉ CAVERO

LA AGONIA DEL SOCIALISMO

ACERCA DE LAS PALABRAS

Miguel de Unamuno atribuía el éxito de su obra «La Agonía del Cristianismo»¹, según dejó escrito en el prólogo a la edición española, al mérito de «haber restablecido el verdadero sentido, el originario o etimológico de la voz AGONÍA, el de lucha. Gracias a él no se confundirá a un agonizante con un muriente o moribundo. Se puede morir sin agonía y se puede vivir, y muchos años, en ella y de ella».

Pietro Nenni, el padre del socialismo democrático europeo, decía de su partido, el Partido Socialista Italiano (PSI) en 1.971 en declaraciones a la periodista Oriana Fallaci²; «Peor: ha ocurrido una degeneración en el sentido oligárquico del poder, una corrupción en las relaciones entre los poderes públicos y los intereses privados. Ha habido un debilitamiento de los valores ideales. De aquí el descrédito que invade todo y a todos, de aquí la desconfianza de la opinión pública hacia la clase política».

Salvando todas las distancias, no encuentro expresión más ajustada que la palabra agonía, empleada en el sentido y con la intención que Miguel de Unamuno explica, para definir en un solo término la crítica situación del socialismo (italiano en este caso), según el ilustre estadista la describía. De la misma manera, tampoco se me ocurren palabras más certeras para describir la crisis que treinta años después, asola al socialismo en España.

1- Miguel de Unamuno. *La Agonía del cristianismo*. Editorial Losada, Buenos Aires 1964.

2- Oriana Fallaci. *Entrevista con la historia*. Editorial Noguer, Barcelona 1974.

De ello cabría derivar dos consecuencias; la primera, que la agonía no tiene por qué ser necesariamente terminal; y la segunda, que la agonía del socialismo no es nueva. Dos conceptos, agonía y socialismo, en principio ajenos, pero que encuentran un entronque a partir de la errática deriva de la izquierda europea en las últimas décadas.

¿Se puede decir que el socialismo está muerto? Es evidente que no, si por socialismo se entiende la existencia de partidos socialistas que cosechan votos suficientes en las elecciones que les posibilita mantenerse con vida. Sin embargo, a la vista de las palabras de Pietro Nenni, no parece que la existencia de partidos socialistas garantice la existencia del socialismo.

Afirmaba Golda Meir en declaraciones a la misma periodista ya citada: *«Hay que admitir que existe una gran diferencia entre la idea socialista y el socialismo en la práctica. Todos los partidos socialistas que han llegado al poder...han tenido que descender a compromisos. Y más que eso: desde que los socialistas están en el poder... el socialismo internacional se ha debilitado»*.

De manera que atendiendo a tan autorizada opinión, si la doctrina socialista y el socialismo en la práctica son cosas diferentes; si cuando los partidos socialistas nacionales alcanzan el poder deben descender a compromisos ¿con quién y para qué? cabe preguntar, y si además, cuando esos partidos gobiernan debilitan el socialismo internacional, la cuestión que subyace es; ¿qué es el socialismo?

Para dar respuesta, si se me permite la paráfrasis, habría que empezar por una breve digresión acerca de la importancia de las palabras. Porque las palabras, lejos de ser inocentes, tienen enjundia e intención y según para qué se emplean, adquieren, como proyectiles, potencia y calibre hasta alcanzar el efecto de una simple pedrada o de una bomba. Con palabras se hace la paz y la guerra. Se honra y se difama. La palabra no es neutra.

Es frecuente oír o leer a muchos de los que protagonizan la actualidad política de este tiempo expresiones impropias, extemporáneas, excluyentes y hasta evocadoras de los peores rastros de nuestra más

reciente historia para argumentar, antes que las propias ideas, la descalificación de las ideas del partido rival.

Y todo empeora en la medida en que este fenómeno no solo es perceptible entre aquellos que por antonomasia se dedican a *la cosa* (los políticos), sino también entre otros muchos que supuestamente tienen la función de informar en los medios de comunicación acerca de lo que pasa, quienes con reiteración tergiversan con torcida intención el sentido de las palabras en función de la defensa de los intereses que defienden y supuestamente les pagan.

Solapar los legítimos intereses políticos y económicos indefectiblemente unidos a la captación de audiencias o de lectores a través de la simplificación de los mensajes, es la mejor manera de degradar la objetividad de la información. Si además, a ello se suma la concentración de medios en pocas manos, se puede llegar fácilmente a confundir la frontera que separa el interés político de la cabal información, hasta el punto de no saber quien está al servicio de quien; si los medios al servicio de la política o la política al servicio de los medios. De manera que cuando la palabra toma relieve no por lo que en sí expresa, sino por la torticera intención de quien la emplea, deja de ser la expresión de una idea para convertirse en portadora de un mensaje ajeno a su verdadero contenido.

Libertad, democracia, nación, igualdad, progreso... son expresiones plenas de contenido, aunque expresadas según en qué momento, por quien y en qué contexto, pueden adquirir significados distintos. Porque no conviene olvidar que de la misma manera que la realidad evoluciona, también las palabras tienen su propia evolución.

Escribe Francisco Umbral en su *Diccionario para pobres*³ «*La democracia es la libertad, la verdad, la justicia, la menor cantidad de Estado posible, una cosa que linda por la izquierda con la anarquía y por la derecha con el orden*».

3- Francisco Umbral. *Diccionario para pobres*. Ediciones Irreverentes, Madrid, 2001.

Ejemplos de lo anterior se encuentran a cada paso. Así las palabras libertad o democracia, expresadas en el contexto de un régimen dictatorial, pongo por caso, adquieren un contenido subversivo que en sí mismas no tienen. Así ocurrió en los años del franquismo, en los que dichas expresiones fueron rechazadas por atentatorias contra el orden establecido. Algo parecido ocurre hoy en día con el término nación, reclamado por los radicalismos nacionalistas periféricos con el propósito de encubrir una realidad distinta a la que es, como si en algún momento pretérito de la historia, España hubiera dejado de ser una entidad propia y unitaria. O qué decir de quienes, desde posiciones marginales, tergiversan el sentido de la palabra igualdad para desplazar del ámbito igualitario a quienes discrepan, convirtiendo así su derecho a la diferencia en motivo de exclusión para los demás. O cómo explicar, en fin, el empeño de algunos que se autodefinen como representantes de la «izquierda», habría que indagar con qué fundamento, que identifican su posición ideológica con la más genuina expresión del progreso social, para una vez fijado ese principio derivar que de la misma manera que la «izquierda» es progresista, en sentido contrario, la «derecha», es retrógrada. Todo un ejemplo de mistificación.

Que España no es un lugar de fácil gobierno lo demuestra la historia. Negar ese principio sería tanto como renunciar a conocer la realidad de nuestro pasado. Por ello cabría exigir de quienes tienen la facultad de conformar la opinión pública un mayor cuidado con las palabras.

Y ello es tanto más necesario, por cuanto la aviesa intencionalidad en el uso de la palabra es más frecuente entre quienes, teniendo capacidad para hacer llegar sus opiniones a los medios de comunicación, no tienen otra capacidad reconocida que no sea esa. Me viene a la memoria, no es más que un ejemplo, el caso de una ardorosa y poco reflexiva portavoz del PSOE en la comisión de educación del congreso de los diputados, quien no hallando mejor recurso dialéctico para expresar su entusiástico rechazo a una reforma de la ley de educa-

ción que proponía el partido entonces en el gobierno, no dudó en afirmar desde su escaño que «*volver a plantear la reválida es fascista*». Nada menos.

Decía Unamuno que el verdadero sentido de la palabra agonía es el de lucha: «*Gracias a él no se confundirá a un agonizante con un muriente o moribundo. Se puede morir sin agonía y se puede vivir, y muchos años, en ella y de ella*». La cuestión que se plantea está en saber en qué situación se encuentra el socialismo español; si moribundo o agonizante y, supuesto que este sea el caso, si podrá vivir en ella o de ella durante muchos años más⁴.

LA MISTIFICACIÓN DE LA IZQUIERDA

En principio cabe señalar que en su origen, históricamente el término izquierda ha tenido una connotación política y social sustancialmente diferente a la que pueda tener hoy, lo cual vendría a confirmar lo expresado más arriba en el sentido que de la misma manera que la realidad evoluciona con el tiempo, también las palabras tienen su propia evolución. Porque desde esa izquierda primigenia y revolucionaria que surge con irresistible ascendiente a finales del siglo XIX hasta hoy, ¿cuántas izquierdas se han ido quedando en el camino?

Define el Diccionario de la Real Academia una de las acepciones del término izquierda, como «*conjunto de personas que profesan ideas reformistas o, en general, no conservadoras*». A la vista de esta definición, cabe preguntar con respecto a qué ideas se es reformista o conservador, ya que solo a partir de ahí se puede convenir sin mayores matices el sentido del término derecha política, que según este razonamiento, estaría definida por quienes asumen unos valores que defienden un determinado sistema establecido y encuentran su expresión a través de

4- Obra citada. Ver nota 1.

una ideología afín a quienes manejan las riendas del poder, motivo por el cual recibe el apelativo de conservadora. De esa manera la izquierda aglutinaría a quienes, con ánimo reformador, se muestran críticos con el conjunto de valores que sustentan una determinada posición de poder, frente a quienes se muestran partidarios de conservar el estatus dominante. Así, frente a la derecha que defiende el orden establecido, la izquierda aspira a sustituirlo para instalar un orden diferente. De ahí que los movimientos revolucionarios que por definición demandan un cambio radical, se hayan vinculado históricamente a posiciones políticas e ideológicas de izquierda y consecuentemente, de ahí también que la derecha haya sido identificada con posiciones contrarias a la revolución.

Ello tiene su explicación en la convulsa situación social que se vive durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX, a partir de la gran revolución industrial que otorga un nuevo valor económico al trabajo y con ello trastoca las relaciones sociales que durante siglos habían regulado la convivencia. La aparición del capitalismo como sistema económico que compra el trabajo como mercancía, propicia la aparición del socialismo, que defiende al trabajador como persona frente a la explotación del capital. Tema apasionante que todavía hoy sigue siendo la raíz del debate de fondo que intelectualmente contraponen dos modelos para mejorar la convivencia entre los seres humanos que pueblan este planeta. El problema está en saber en qué planeta habita cada cual.

Así que, aunque solo sea a título de obligada referencia, no se debe olvidar que los términos derecha e izquierda tienen su origen en una situación de confrontación social que enfrenta al capitalismo y al socialismo, si bien es cierto que a lo largo del pasado siglo, una y otra concepción de la realidad social y económica han ido derivando hacia posiciones de síntesis que son las que afortunadamente hoy imperan, al menos, en esta parte del planeta. Una síntesis que para muchos es poco, pero que para no pocos, es mucho.

El pensamiento político de izquierda tiene en España su apogeo a lo largo de las tres primeras décadas del pasado siglo y va acompañado por un movimiento cultural, no necesariamente adscrito a ideología política alguna, que desde el pensamiento a la literatura, pasando por la música y la pintura relanzan la producción artística e intelectual españolas a cotas de esplendor difícilmente repetibles.

Unamuno, Ortega, Madariaga, Sánchez Albornoz, Hernández, García Lorca, Alexandre, Falla, Casals, Picasso, Sorolla, Dalí, Miró y tantos otros dejaron constancia a través de su obra, de la vitalidad de un tiempo inmerso en plena controversia social y transformación política. Pero no es solo un fenómeno español. Los años veinte y treinta son también paradigmáticos para otras tantas efervescencias culturales en América y Europa.

Sin embargo, ante la vitalidad del pensamiento revolucionario e internacionalista de la izquierda de esos años, emerge otro movimiento no menos revolucionario aunque de orientación opuesta, que se enfrenta a la izquierda con doctrinas nacionalistas más cercanas a los sentimientos conservadores de la derecha. Son el nacional socialismo alemán y el fascismo italiano, que encuentran seguidores en España, principal aunque no exclusivamente en la falange española de José Antonio Primo de Rivera. De manera que tanto la izquierda como la derecha expresan sus anhelos de cambiar la realidad a través de una revolución de las masas, mediante la ocupación del poder para imponer su doctrina.

No es por tanto intelectualmente honesto cargar solo sobre los fascismos el estigma totalitario, que obviamente lo tienen, haciendo con ello omisión de la verdad histórica, como si la trasgresión violenta de las normas constitucionales previamente establecidas hubiera sido una acción exclusiva de los movimientos fascistas, como si el totalitarismo fuera un factor inherente de la derecha y como si el movimiento revolucionario socialista hubiera tenido siempre carácter democrático.

Primero Rusia en 1.917, poco después la URSS, el este de Europa tras la segunda guerra mundial, China en 1.949 y el posterior expansionismo comunista en Asia y África hasta llegar a Cuba en 1.959, son ejemplos del totalitarismo revolucionario de la izquierda. Sin embargo, desde un sector de la intelectualidad que gusta autocalificarse de «progresista», se insiste en identificar a la izquierda con la lucha por las libertades, para endosar a la derecha una condición totalitaria y anti democrática.

Cierto es que no les falta razón a quienes ponen como ejemplo de sus tesis la profusa relación de países que han sido víctimas del totalitarismo de la derecha, casi siempre militarista, que han reprimido la libertad en tantos lugares de centro y sur América, Asia y África. Pero ocurre que, con ser muchos estos países, no son más que aquellos otros que han sufrido la represión totalitaria de los movimientos revolucionarios de izquierda. De manera que parecería lógico concluir, que ni la derecha ni la izquierda, por ser una u otra cosa, son más o menos totalitarias, ni más o menos democráticas. Y ahondando en la misma reflexión, cabría preguntarse que, supuesto que una de las señas de identidad propias de la izquierda es su posición crítica frente al estatus dominante y su afán reformista, ¿cómo habría que definir a quienes, desde la derecha, pugnan por reformar lo que hace la izquierda cuando está en el poder. ¿Quién es, en ese caso, el reformista? ¿Quién abandera mejor la libertad y el progreso?

No está de más recordar que cuando tras el fallecimiento del general Franco se puso en marcha el proceso de cambio político que abrió el camino a la democracia en España, la fuerza política que dirigió y protagonizó todo ese proceso, de cabo a rabo, fue una alianza entre partidos denostados todos por la oposición de izquierda por representar el continuismo de la derecha. Y efectivamente, si no todos, muchos de esos partidos estaban más cerca de la derecha que de la izquierda. Pero la pregunta que subyace es: ¿quién dirigió desde el poder el cambio democrático en España? La izquierda, evidentemente-

te no. Ese logro, por mucho que se empeñen los intelectuales progresistas de salón, no le corresponde a la izquierda. Y pocos años después, cuando la izquierda más moderada, es decir la más heterodoxa y liberal se instaló democráticamente en el poder durante cuatro legislaturas consecutivas ¿hizo una política más progresista? Evidentemente, como habrá oportunidad de analizar con detalle, no más progresista que la de aquella derecha que tras la muerte del general Franco dirigió la transición política desde la dictadura a la democracia en España.

Valga pues como síntesis de lo que se pretende transmitir en esta introducción, que los términos derecha o izquierda son bastante más relativos y menos dogmáticos de lo que algunos pretenden hacer creer y por ello requieren un cierto eclecticismo antes de otorgarles una valoración política verdaderamente acorde con la realidad de este tiempo. Derecha e izquierda, capitalismo y socialismo, liberalismo y social democracia, son términos que expresan de manera demasiado sintética posiciones ideológicas que pretenden mejorar una realidad cambiante. Y en tanto que esa realidad es cambiante, los términos deberán ir ajustándose a ella.

Cuando hace poco menos de un siglo el capitalismo más clásico puso en el mercado el automóvil como un elemento de consumo, poca gente de la izquierda entendió que ese fenómeno acabaría por convertirse en una fuente de progreso social. Nuestro mundo es hoy bastante más complejo de lo que entonces era. Y también menos injusto. Y a esa transformación de la realidad ha contribuido tanto la derecha, con su legítimo afán de lucro, como la izquierda, con su irrenunciable demanda de justicia social. Y tanto desde un lado como desde el otro se ha experimentado una profunda transformación, que lejos de llevar a una confusión en las ideas, con el paso del tiempo y gracias a la inteligencia de todos, ha ido haciendo posible que los términos derecha e izquierda sean hoy conceptos más elaborados y menos enfrentados. Y eso, aunque a la izquierda española la confunda, es bueno.

Por ello parece oportuno denunciar la falacia de algunos teóricos bien ubicados en la confortabilidad del primer mundo, en mantener desde la irrealidad de un supuesto progresismo anclado en posiciones ideológicas de izquierda, poses de intelectualidad trasnochada superada por los acontecimientos. Seguramente tendrá que ver con ello el hecho de que durante casi cuarenta años, España estuvo sometida al exclusivo control de un dictador, que por cierto, todo hay que decirlo, murió de viejo y en su cama. Seguramente ese hecho sea algo demasiado pesado para la bien instalada intelectualidad progresista de la izquierda, que treinta años después de la muerte del dictador, todavía no ha terminado de asumir la historia.

No pretende este análisis hacer un alegato contra nadie. Más bien al contrario, su propósito tiene más que ver con incitar al lector a una serena reflexión sobre la deriva que en los últimos tiempos ha tomado el debate político en España. Como al principio de esta introducción se decía, las palabras no son inocentes, tienen envidia, intención y propósito. Las palabras son como proyectiles que lanzados según por quien y para qué, adquieren potencia y calibre, hasta alcanzar el efecto de una simple pedrada o de una bomba. Con palabras se hace la paz y la guerra. Se honra y se difama. La palabra no es neutra.

Y puesto que el debate se hace con palabras, devolvamos a la palabra el valor que tiene.

LA DERECHA Y EL SÍNDROME DE ESTOCOLMO

Define el diccionario de la RAE el término «síndrome de Estocolmo», como la *«actitud de la persona secuestrada que termina por comprender las razones de sus captores»*.

Escribe Manuel Pastor en El País⁵; «La clave habría que encontrar-

5- *La persuasión neoconservadora en EE.UU.* Manuel Pastor, diario El País, 13/01/1985.

la en un razonamiento filosófico-político que se inspira en Burke *The Burkean persuasión* o la resistencia a los impulsos ideológicos del racionalismo político que desembocan en la utopía y el terror. En esa misma perspectiva, junto a Burke serían también maestros pensadores del neoconservadurismo, Tocqueville, Weber, Schumpeter, Orwell, etcétera, perspectiva que conduce a la ideología de la antiideología, patología que le permite a Kristol, por ejemplo, proclamarse a la vez *antiizquierdista y antiderechista*. El acontecimiento político más importante del siglo XX, no es la crisis del capitalismo, sino la muerte del socialismo. La disyuntiva no es pues, como pensaba Marx *socialismo o barbarie* y la gran paradoja histórica es que solo el capitalismo renovado, liberal y democrático puede ejecutar los ritos funerarios del socialismo difunto».

Ahondando en la definición de la RAE y en estas otras razones, se me ocurre pensar que algo similar podría estar sucediendo en España a millones de personas que fieles a unas convicciones que les vinculan con una determinada interpretación del pasado y del presente, se sienten desplazadas por quienes desde una interpretación antagónica de esa misma realidad se arrogan una supuesta superioridad moral para definir, desde una atalaya ética que ellos llaman progresista, su veredicto. De esa manera la palabra izquierda o derecha adquiere una dimensión moral que en principio no tiene.

Ligo esta reflexión con la idea, expuesta en la introducción, acerca de la usurpación del término progresista por quienes, a estas alturas de la historia se declaran seguidores de una teoría política que vincula el progreso social a las corrientes ideológicas denominadas de izquierdas. Porque si de la misma manera que no es lícito negar la paternidad del progreso social en el terreno de las libertades a quienes las han defendido desde el principio, tampoco es lícito negar la paternidad del progreso social en el terreno del bienestar económico a quienes lo han impulsado. Y en ese proceso, la izquierda y la derecha han ido recorriendo su propio camino hasta llegar a descubrir que, si

de lo que se trata es de mejorar la vida de la gente, ambas posturas se necesitan y complementan y consecuentemente, ambas son por igual progresistas.

Sin embargo, todavía hoy en España pervive una izquierda oficial, bien instalada como parte indisoluble de un estatus de poder al que gusta despreciar, que insiste en reavivar los rescoldos del pasado para seguir alimentando un discurso superado por el devenir de la historia sin otra pretensión, que se me ocurra, que la de encontrar alguna seña de identidad que justifique su propia existencia. Pretensión que se antoja suicida, en la medida que su pasado no justifica semejante propósito, lo que a fin de cuentas delata una especie de esquizofrenia colectiva que la impele a identificarse con algo que nunca fue suyo.

Dicho lo cual, me parece obligado insistir en que nada más lejos de la intención de este análisis que reducir la importancia del debate dialéctico entre izquierda y derecha como algo fuera de lugar o trasnochado. Por el contrario, ambos términos están llenos de contenido y tienen hoy plena vigencia, aunque naturalmente adaptados a la realidad presente.

Porque lo que no parece aceptable es que en el siglo XXI algunos continúen defendiendo el vínculo entre los términos izquierda y progreso, como si entre ambos conceptos hubiera alguna connotación de mutua dependencia. Dicho de manera más cruda, identificar a la izquierda con el progreso y a la derecha con lo contrario, es simplemente una estúpida falacia.

Para argumentar esta afirmación, nada mejor que hacer un breve seguimiento, con la distancia que solo el paso del tiempo permite, de los comportamientos de la izquierda española en los sucesos más importantes de nuestra más reciente historia.

EL PAPEL DE LA IZQUIERDA EN LA II REPÚBLICA

Conviene a este propósito empezar por recordar el papel de la izquierda española en la gran crisis nacional que derrocó la monarquía en el año 1.931 y propició la instauración de la II República.

Sin entrar en la polémica acerca de las presuntas irregularidades en el recuento de votos en las jornadas electorales del 5 y 12 de abril de 1.931 que dieron el triunfo a las candidaturas republicanas en las principales ciudades y a las candidaturas monárquicas en el resto del país, todos los historiadores coinciden en señalar que aquellas elecciones las ganaron por número de votos y número de concejales las candidaturas monárquicas, tal como queda reflejado en los datos estadísticos oficiales de ese año⁶. Como tampoco hay duda acerca del alcance de aquella consulta, legalmente limitada al ámbito municipal y por tanto sin carácter plebiscitario en torno al régimen monárquico. Sin embargo las fuerzas republicanas se apropiaron de un triunfo electoral que no fue tal para proclamar el cambio de régimen, en una acción más parecida a un golpe de Estado que a cualquier otra cosa.

Es muy posible que el triunfo de la república, más antes que después hubiera sido tan inevitable como inevitable fue el hundimiento de la monarquía, que de manera precipitada por cierto, abandonó el país en manos de sus enemigos y con ello otorgó, de hecho, legitimidad a una victoria republicana que objetivamente hablando no obtuvo en las urnas.

Pero sobre todo conviene tener muy presente el papel que la izquierda, una vez instalada en el poder del nuevo régimen, desempeñó en el devenir de los acontecimientos inmediatamente posteriores hasta el punto de convertir una república que la mayoría de los españoles esperaban fuera el inicio de un nuevo tiempo de convivencia y progreso, en vehículo de persecución y violenta confrontación con el adversario.

6- Ver Anuario estadístico 1931.

Ortega y Gasset, Madariaga, Sánchez Albornoz, Miguel Maura, Azaña y hasta el propio Besteiro entre otros tantos destacados paladines del pensamiento español regeneracionista de la izquierda liberal de la época, han dejado sobrada prueba escrita de su rechazo a la deriva que siguieron los partidos de la izquierda a partir del cambio de régimen propiciado por el derrumbamiento de la monarquía.

Posteriormente han sido muchos los historiadores de reconocido prestigio internacional que se han ocupado de narrar y analizar los acontecimientos y las circunstancias que condujeron al fracaso de la II República española. De manera que nada hay que añadir sobre este tema.

No obstante con independencia de la orientación ideológica que cada autor pueda reflejar en un tema tan pasional como este, la unanimidad en torno al principio de la responsabilidad compartida por todos los estamentos, partidos políticos y fuerzas sociales que tuvieron algún protagonismo en aquellos aciagos años, es evidente.

Sentado este principio, no es honesto culpar del fracaso de la República, como si un proyecto de libertad para todos hubiera sido en algún momento de su breve historia, a las fuerzas de la derecha que efectivamente se levantaron en armas contra ella. No es honesto ocultar bajo el manto de la condena a la sublevación militar de 1.936 la responsabilidad de la izquierda en el caos republicano, que desde la persecución religiosa iniciada con la quema de conventos en el mismo año 1.931, se levantó también en armas contra el gobierno de la república en 1.934 como respuesta al triunfo electoral de la CEDA en 1.933, para concluir en 1.936 en un frente popular contra la derecha.

Todos convirtieron esa república que nació como un proyecto regeneracionista en instrumento de su estrategia partidista, revolucionaria y totalitaria. Y dadas las circunstancias, como no podía ser de otra manera, todo terminó en una guerra civil entre dos totalitarismos revolucionarios; el de la izquierda, que se apropió de la república para desde el poder llevar adelante su revolución, y el de la derecha,

que sintiéndose expropiada de sus derechos, se alzó en armas contra esa república.

Cierto es que unos y otros lucharon por su libertad, pero confrontándola mortalmente con la libertad del contrario. Y es que en España, en aquellos años del primer tercio del siglo pasado, no había lugar para la convivencia. Y por ello, aunque todos lucharon por ser libres, nadie defendió la libertad.

Es preciso insistir en aras a un mejor conocimiento de aquella realidad, que la nueva legalidad republicana frustró la esperanza de una mayoría de españoles que confiaron en que el final de la monarquía, un régimen amortizado por la historia, diera paso a un nuevo tiempo en el que todos encontrarán un lugar para convivir. Pero al contrario, la república gobernada por la izquierda más radical, lejos de traer más libertad, trajo más violencia.

Qué duda cabe que aquellos fueron tiempos difíciles, de grandes convulsiones que culminarían poco después con la gran guerra europea y mundial, una guerra que habría de marcar el futuro de centenares de millones de personas durante décadas. Pero en consecuencia, parece coherente deducir que semejante experiencia no aportó progreso alguno para nadie. Sin embargo, el internacionalismo de aquella izquierda de los años treinta y cuarenta consiguió convertir a efectos meramente propagandísticos, la guerra civil española en la gran batalla de la izquierda por la libertad del pueblo español.

Semejante falacia busca su justificación en el carácter totalitario de la sublevación militar franquista, apoyada por los partidos conservadores en el interior y por los regímenes fascistas de Italia y Alemania en el exterior. Pero olvidan quienes sustentan esa tesis, mencionar el proceso revolucionario, igualmente totalitario, dirigido por la izquierda desde el gobierno de la república con el apoyo exterior de la URSS para convertir a España en un enclave adicto al totalitarismo soviético. Ciertamente que el capitalismo español apoyó hasta donde pudo a los sublevados, pero no menos cierto es que los gobiernos republicanos

del momento financiaron con cargo a las reservas del banco de España la ayuda militar a su causa desde el exterior.

Suele ocurrir que la historia la interpreta cada cual según su más inmediata conveniencia. Y tanto más es así, cuando la interpretación de la historia, además de la conveniencia, está inspirada en la pasión. Y este principio se hace aún más patente cuando las cavilaciones abarcan el contexto de una guerra civil. De manera que como en todas las guerras, en la guerra civil española unos perdieron y otros ganaron, aunque como también suele ocurrir en cualquier guerra, sobre todo en las civiles, todos resultaran perdedores.

No es verdad que la sublevación militar de 1.936 contra la república tuviera en su origen un carácter totalitario, lo que no excluye que entre los sublevados hubiera quienes pretendían imponer con su triunfo el totalitarismo de moda en Europa también en España. Exactamente igual que ocurrió entre los defensores de la república, porque lo que se dilucidó en España entre 1.936 y 1.939 fue la supremacía excluyente de uno entre dos sistemas antagónicos, ambos totalitarios, que en su propia dinámica arrastraron a una mayoría de españoles a una confrontación en gran parte consentida, aunque no en defensa de un ideario doctrinal, sino más bien en defensa de su propia supervivencia. En este sentido, la confrontación civil española hay que enmarcarla como un elemento precursor con pocos años de adelanto con respecto de la otra gran confrontación multinacional que asoló medio mundo pocos meses después a que se diera por terminada la guerra civil española.

De ahí arranca la gran manipulación de la historia que unos y otros han hecho de aquel tiempo con el propósito de imprimir un carácter ideológico a la movilización de una masa social mayoritariamente ajena a las decisiones de sus líderes, que se vio involucrada en una contienda tan irremediable como indeseada.

Y por causa del germen totalitario insertado en la derecha más rebelde (falangistas y tradicionalistas especialmente), el triunfo de los sublevados se convirtió en el gran triunfo de un general que habien-

do dirigido por delegación de otros generales la contienda, se convirtió tras la victoria en caudillo y dictador durante los siguientes treinta y siete años. Y paralelamente, por causa del totalitarismo de la izquierda más radical, (comunistas, anarquistas y en buena parte socialistas), la derrota se convirtió a cuenta de futuras revanchas en paradigma de la inmolación de una generación de españoles por causa de la defensa de la libertad frente a la opresión totalitaria.

Quizá todo hubiera sido diferente si el enfrentamiento entre los totalitarismos de izquierda y derecha no hubiera tenido su siguiente secuencia a escala mayor en la segunda guerra mundial, guerra civil europea según algunos autores, que al revés de lo que sucedió en España se saldó con la derrota de los regímenes fascistas gracias a la alianza estratégica entre el totalitarismo comunista de la URSS y las democracias occidentales capitaneadas por los Estados Unidos. Esa victoria «aliada» permitió a la izquierda española vindicarse a escala mundial como una fuerza democrática y de progreso, transformando así su derrota en España en bandera de la lucha por la libertad. De esa manera la derecha española pasó a ser identificada con la dictadura y por tanto merecedora del apelativo de totalitaria, mientras que la izquierda dirigida por la URSS de Stalin, pasó a convertirse en una fuerza democrática y de progreso.

Es perfectamente verosímil suponer a la vista de los antecedentes, que si la guerra civil española la hubiera ganado la izquierda, otra dictadura similar o peor, aunque de diferente signo, hubiera en todo caso extendido su negro manto sobre España. Pero el triunfo «aliado» en la guerra europea proporcionó a la izquierda española la oportunidad de purgar sus culpas totalitarias con el falaz argumento de que, habida cuenta que el régimen impuesto por Franco en España era el único superviviente del totalitarismo fascista derrotado en Europa por los países democráticos, todo aquel que se declarara enemigo del franquismo se convertía por ello, directamente, en defensor de la libertad y la democracia. Así de simple. Y así de falso.

LA IZQUIERDA ANTE EL FRANQUISMO

Tres etapas se aprecian en el largo período de tiempo que va desde el final de la guerra civil en 1.939 hasta la desaparición física del dictador en 1.975. Una primera etapa definida por la represión del vencedor; una segunda etapa de consolidación política del régimen y desarrollo económico; y una tercera etapa marcada por el desmoronamiento del sistema.

Resulta curioso contemplar cómo el franquismo, de manera similar a cualquier otro ciclo vital, necesitó un tiempo para nacer y desarrollarse, otro para dar fruto y finalmente un último tramo de vida para languidecer hasta morir. Y como ocurre en la naturaleza, en cada uno de estos ciclos el franquismo, como los camaleones, fue adoptando para su defensa el perfil más conveniente para así librarse mejor del acecho de sus enemigos. Por eso resulta interesante analizar desde esta perspectiva el comportamiento de la izquierda española en su confrontación con el franquismo a lo largo de todo este largo período de tiempo.

No es exagerado afirmar que la dictadura del general Franco mantuvo mientras pudo y lo necesitó, la aniquilación del contrario como instrumento político de cohesión nacional según sus principios totalitarios. Consecuentemente no es de extrañar que los enemigos declarados del franquismo, esto es toda la izquierda, no tuvieran otra opción que la de huir de la inmisericorde represión de los vencedores en busca del exilio para evitar sufrir las penas, en muchas ocasiones hasta de muerte, en sentencias dictadas en juicios sumarísimos por tribunales políticos al margen de cualquier procedimiento judicial ajustado a derecho. Eso, o la humillación de acomodarse a la situación impuesta por los vencedores para simplemente poder sobrevivir.

Hubo no obstante algunos pocos que de manera heroica decidieron instalarse en las montañas del norte para formar guerrillas y a modo de resistencia mantener la lucha armada contra el franquismo, con la esperanza en que el final de la guerra europea les fuera propi-

cio y trajera el deseado cambio político en España. Pero no fue así, y uno a uno, esos últimos resistentes fueron cayendo en la lucha o tomando también el camino del exilio.

Desde esta perspectiva, nada tiene de extraño que los dirigentes de la izquierda institucional, conscientes de su inminente derrota, huyeran de manera masiva en los últimos días de la guerra al extranjero para evitar la represión que se les venía encima. Y en el exilio, dispersos, desconectados de la realidad española y enfrentados entre sí por causa de viejas y nuevas querellas, buscaron acomodo cada cual como pudo. Los menos, mantenidos mientras fue posible por los fondos sacados del país; los más, que no entraron en ese reparto, labrándose una nueva vida en el extranjero, donde generalmente fueron recibidos con respeto y aprecio. En resumen, como no podía ser de otra manera, la izquierda institucional española desapareció de España en aquellos primeros años de dictadura.

Y es a partir de la segunda mitad de los años cincuenta que el régimen franquista encuentra un lugar en el mundo, en virtud del interés de los Estados Unidos en utilizar territorio español para instalar bases militares como parte de su estrategia de «guerra fría» que en ese tiempo le enfrentaba con la URSS. Esta alianza con la primera potencia del mundo representó un importante revés para la izquierda española, ya que de ello se desprendía, más de hecho que de derecho, la incorporación de la dictadura franquista al concierto internacional con todo lo que ello significaba para la consolidación del régimen. No se hacen esperar los resultados y poco tiempo después, una economía bien dirigida por una elite menos doctrinaria y más pragmática, posibilita la transformación de una sociedad empobrecida y desolada en paulatinamente más próspera hasta alcanzar en los últimos años sesenta tasas de crecimiento espectaculares que finalmente convierten a España en un país desarrollado.

El desarrollo crea empleo, el empleo aumenta las rentas, las rentas estimulan el consumo y el consumo induce el desarrollo. Y así,

vuelta a empezar. En esencia, un programa muy propio de la derecha. Por ello, si la primera etapa del franquismo resultó devastadora para la izquierda española por causa de la represión y el totalitarismo doctrinal del régimen, la etapa siguiente no fue mejor, esta vez por causa del desarrollo económico. Aunque dentro de ese paisaje de devastación general justo es destacar la lucha del partido comunista PCE por mantener su presencia viva en España a través de células bien organizadas desde el exterior y muy activas en el interior, así como la acción sindical mantenida sobre todo a nivel de los grandes centros industriales por el sindicato socialista UGT, que aún siendo escasas y muy perseguidas consiguieron mantener vivo el rescoldo de la lucha de la izquierda contra el régimen franquista.

Esta persecución de la izquierda durante los largos años de la dictadura del general Franco dignifica las aspiraciones democráticas de esa izquierda, que habiendo superado los traumas del pasado se reinventa a sí misma para ofrecer alternativas viables ante un futuro cada vez más próximo. En este contexto se enmarcan figuras que mucho tuvieron que ver con la transición desde franquismo a la democracia, tales como el profesor Tierno Galván, un intelectual en estado puro fundador del PSP, partido socialista popular, aventura que le llevó a ser expulsado de su cátedra, o Marcelino Camacho, fundador del sindicato CC.OO de inspiración comunista aunque orientado a la colaboración con cualquier otra fuerza política sinceramente comprometida en la lucha contra la dictadura, que le llevó a enfrentarse a una pena de muerte.

Cierto también que en aquellos años, sobre todo a partir de la segunda mitad de los sesenta, empiezan a cuajar en España algunos tímidos movimientos de oposición al franquismo, oposición esta que con independencia del origen de sus planteamientos cabría calificar de moderada, no por causa de que su lucha contra la dictadura fuera menos sincera, sino porque quienes la inspiraban poco tenían que ver con la frágil presencia de la izquierda histórica en la realidad

española de aquel tiempo, salvo las ya referidas al PCE y UGT. La apertura promovida por la iglesia católica a partir del concilio Vaticano II y el posicionamiento de los más jóvenes monárquicos en sintonía con D. Juan de Borbón, heredero de la corona, padre del rey y declarado antifranquista, fueron antorchas que aportaron algo de luz en la oscuridad de aquellos años. Fue así que la izquierda histórica, a falta de mejores argumentos se sumó con entusiasmo a los movimientos de raíz cristiana que afloraron en toda España bajo el paraguas de la iglesia post conciliar, sumida a su vez en su propio debate interno, y a las intrigas de algunos monárquicos, más o menos instalados en las cercanías del poder que reivindicaban el fin de la dictadura. De manera que no fue hasta bien entrada la última etapa del franquismo, cuando el anciano y decrepito dictador daba ya signos de evidente debilidad y su régimen caminaba hacia ninguna parte, que la izquierda histórica empezó a tener presencia propia y real en la vida española.

Y dadas las circunstancias, nada se debe objetar a la prolongada ausencia de la izquierda institucional durante esos más de treinta años cruciales de la historia contemporánea española, salvo señalar y para que nadie se confunda, la falsedad de quienes ahora, sesenta años después, pretenden presentarse ante los españoles como paladines de la lucha contra la dictadura franquista.

De Franco huyeron todos los que perdieron la guerra. Muchos abandonaron España en busca de refugio y muchos más se quedaron, porque no pudieron escapar o porque creyeron que nada debían temer. Y justo es reconocer que la izquierda fue sin duda la más perseguida por la dictadura, pero también en justicia se debe admitir que no fue la única. Porque no conviene olvidar que también fueron muchos los republicanos perseguidos que nada tenían que ver con la izquierda. No cabe pues deducir de ello otra cosa que no sea resaltar el sufrimiento de tanta gente por el hecho de haberse declarado contrarios a los detentadores del nuevo poder totalitario. No solo la

izquierda sufrió por ello. Además, no conviene olvidar que Franco se murió, pese a todo, después de gobernar a su antojo y sin oposición real durante casi treinta y siete años, de viejo y en su cama.

IZQUIERDA Y TRANSICIÓN

En el breve período de tiempo que media entre la muerte de Franco en noviembre de 1.975 y la aprobación en referendo de la constitución en diciembre de 1.978, muchas cosas pasan.

La primera es que, en cumplimiento de las previsiones sucesorias del caudillo Franco, D. Juan Carlos de Borbón es proclamado rey de España. La segunda es que el nuevo rey, en uso de sus facultades, nombra a Torcuato Fernández Miranda presidente de las cortes y tras el fallido intento de Carlos Arias Navarro, a Adolfo Suárez presidente del gobierno. La tercera es que, entre los tres, cada cual en su papel, consiguen una ley para la reforma política. La cuarta es que esa ley lleva a unas elecciones democráticas. Y la quinta es que un parlamento democrático surgido de esas elecciones, elabora una nueva constitución que es aprobada por la inmensa mayoría de los españoles. La cuestión es analizar el papel que jugó la izquierda en este proceso, tan breve como intenso.

Desde luego, nada en la elección de los personajes clave. Al rey le designó Franco y a los presidentes de las cortes y del gobierno les designó el rey. No parece por tanto que la izquierda tuviera algo que ver en ello. Más bien al contrario, esa izquierda, sumida en ese tiempo en su propio debate interno en busca de una nueva identidad a la vista de las grandes transformaciones que se estaban produciendo en España, se opuso con todas sus fuerzas a que ese proceso de transformación que se iniciaba bajo la batuta de un joven Borbón desconocido para la mayoría y denostado por las minorías más radicales de cualquier lado, pudiera llegar a buen término. No obstante, con buen sentido de la

oportunidad y mejor del marketing, la izquierda histórica se hizo presente, si no en los acontecimientos, sí al menos en los medios de comunicación y en la calle, otorgándose un protagonismo que no tenía, consciente de que esa era la única vía a su alcance para enmascarar la escasa influencia en los sucesos que otros protagonizaban.

Una «Plataforma Democrática» liderada por el PSOE, una «Junta Democrática» liderada por el PCE y posteriormente una «Platajunta» compendio de las anteriores, fueron exponentes ante la opinión pública de las posiciones de la izquierda histórica en el proceso de cambio político que se estaba viviendo en España sin su presencia, aunque no a sus espaldas.

Más interesados en los titulares de prensa que en su real aportación al delicado y complejo proceso político que se estaba viviendo, la izquierda histórica se dedicó a denunciar por la noche lo que convenía por la mañana con esa misma derecha a la que repudiaba, única fuerza política detentadora del poder real con la que había algo que negociar.

Consecuente con esa táctica, tan vacua de contenidos como eficaz para el marketing electoral que se avecinaba, la izquierda histórica se arrogó con absoluta gratuidad un papel de representación de las aspiraciones democráticas que en aquel momento invadían a una gran mayoría de españoles. De esta manera la izquierda histórica consiguió transmitir a la sociedad el mensaje, falso, de que la democracia solo podría venir de su mano, como si fuera la izquierda la que estuviera protagonizando el proceso de cambio político, como si la izquierda tuviera responsabilidad alguna en la gestión de las reformas que se estaban desarrollando y como si la izquierda liderara un proceso, al que asentía por la mañana para denunciarlo por la tarde.

El proceso de transición sin mayores traumas desde una larga dictadura de treinta y siete años fruto de una sangrienta guerra civil, hasta una democracia consensuada en torno a una constitución asumida por primera vez en la historia por todas las fuerzas políticas,

fue un éxito que alcanza a toda la sociedad española. La transición fue posible porque desde el rey para abajo, la inmensa mayoría de los españoles demostraron una generosidad muy poco frecuente en nuestra historia. Pero eso no es óbice para reconocer que fue la derecha la que, por causas perfectamente entendibles, tuvo el privilegio de pilotar desde el poder todo el proceso de cambio político.

La derecha en ese momento gobernante integró a la izquierda en el proyecto de cambio, ciertamente porque ese era el único camino posible para la reconciliación. Y la izquierda, que venía de la persecución y las catacumbas de la dictadura, supo integrarse con generosidad en el proceso. Por eso tiene muy difícil explicación que treinta años después, otra izquierda confortablemente instalada en el poder pretenda la relectura de una constitución que durante las tres últimas décadas ha posibilitado uno de los más fecundos períodos de la vida española. Y es por eso que resulta especialmente hiriente que ahora, algunos estilistas de esa izquierda de salón que no han pisado otra cosa que la moqueta de un despacho oficial bien pagado por los contribuyentes ni se han bajado de un coche oficial, pretendan extender, sin rigor y sin pudor, la idea de que la izquierda representa el progreso y la democracia, frente a una derecha intolerante y reaccionaria.

En pleno proceso electoral de 1.977, el primero en libertad después de cuarenta y un años de forzada abstinencia democrática, alguien tuvo la castiza ocurrencia, plena de humor y sentido, de cuestionar la campaña publicitaria del PSOE financiada por la internacional socialista generosamente financiada a su vez por el SPD alemán, que en grandes carteles pedía el voto con el slogan «*PSOE, 100 Años de Honradez*», con una sencilla apostilla que rezaba «*y cuarenta de vacaciones*».

No se me ocurre síntesis mejor.

UCD, PSOE, PCE Y ALGUNOS MÁS

Queda dicho que la transición política española del franquismo a la democracia la hicieron todos. La hizo el PSOE, el PCE, los nacionalistas catalanes de CIU y también aunque con reticencias el PNV. Y algunos otros más. Pero principalmente la hizo UCD, por la sencilla razón que esa fue la fuerza política que le tocó estar en ese tiempo en el gobierno, incluso desde antes de su fundación.

Los últimos años del franquismo, con independencia de la tenaz persecución a la izquierda histórica, fueron propicios para la afloración de discrepancias con la dictadura desde posiciones moderadas tan alejadas de la izquierda doctrinaria como de la derecha más cerril instalada en el poder. Ejemplo de ello son el testimonio de intelectuales de gran proyección internacional tales como Salvador de Madariaga, Claudio Sánchez Albornoz o Justino Azcárate, quienes desde su personal destierro mantuvieron firme su compromiso con la libertad en España. Ciertamente también que algunas de esas discrepancias nacieron desde el propio seno del régimen, caso de Dionisio Ridruejo, figura estelar de la más valiente disidencia desde el régimen y contra el régimen, y otras no tanto, pero de cualquier forma alimentadas desde la cercanía del poder. Grupos desviacionistas surgidos desde la entrañas del Movimiento Nacional y otros grupos independientes de diferente cariz ideológico, liberales (Joaquín Garrigues, Antonio Fontán, Joaquín Satrustegui), cristiano demócratas (Gil Robles, Álvarez Miranda), social cristianos (Joaquín Ruiz Jiménez) y social demócratas (Francisco Fernández Ordoñez), se organizaron en un principio desde la clandestinidad y la escasez de medios en la mayoría de los casos, para estar presentes en el inmediato futuro que se presentaba tras la esperada desaparición del general Franco.

De manera que llegado el momento y gracias al valiente proceso de transición iniciado por el rey Juan Carlos, ese conglomerado

do de personas e incipientes partidos aglutinados bajo el auspicio de Adolfo Suárez, designado a dedo por el rey presidente del gobierno, se convirtió en gobierno. Y es a partir de esas premisas que se formó UCD, formación que aunque lo pretendiera nunca fue realmente un partido, pero consiguió gobernar como tal durante los años cruciales que llevaron al país de la dictadura a la democracia. Y aunque efímera, esa fue su gloria, porque desde la inestabilidad de los gobiernos de UCD, con generosidad y sentido de la historia se establecieron los cauces para incorporar a todos los partidos y todas las ideologías al proceso de cambio político en marcha. Nadie con deseo de participar en la construcción del futuro quedó excluido. Porque UCD, más que un partido fue una coalición de voluntades que se agruparon en pequeños partidos democráticos no marxistas, cuyo único vínculo de unión fue su compromiso de sacar a España de la dictadura franquista para incorporarla al concierto de los países de nuestro entorno geográfico y cultural. Ese fue el único compromiso de UCD. Y aunque efímera, esa fue su gloria.

Por su parte el PSOE, una vez comprobados los primeros resultados electorales que le adjudicaban el papel de principal partido de la oposición, optó por una estrategia de doble sentido. Acelerar en lo posible la fractura de los frágiles gobiernos de UCD y al mismo tiempo, consciente de que ahí estaba el futuro, encarar de puertas adentro su propia transición desde el marxismo hasta la social democracia.

Para lo primero dio por clausurado el tiempo del «juego limpio» que inspiró la transición, utilizando cuantas armas tuvo a su alcance para romper la unidad del grupo parlamentario que sustentaba al gobierno, a la vez que desataba una feroz campaña de desprestigio y difamación contra las principales figuras de UCD, acusando de franquistas precisamente a quienes habían desmontado el franquismo y traído la democracia. Táctica de la «descalificación global», como

definió con amargas palabras en su momento el presidente Adolfo Suárez⁷. Un precedente por cierto todavía hoy de plena actualidad, cuestión esta a tener muy en cuenta para futuras reflexiones.

Para lo segundo, el PSOE dirigido por Felipe González, consciente de que los votos para gobernar salían del gran centro político que había sabido canalizar UCD, decidió renunciar a su raíz y a su historia para abrirse a un modelo social demócrata al estilo alemán. Pero como para llevar a buen término esa transmutación ideológica desde Marx a Willy Brandt resultaba necesario dinamitar a UCD, nada mejor que montar una campaña basada en identificar a la derecha gobernante con el franquismo.

De esa manera el PSOE, partido al que hay que reconocer una extraordinaria capacidad propagandística, usurpó el carácter democrático de la derecha representada en UCD, adjudicándose en exclusividad y con absoluta gratuidad un concepto que, al menos y tal como queda expuesto, es tan propio de la derecha como de la izquierda.

Por su lado el PCE de Santiago Carrillo, el otro partido de carácter nacional con fuerza política real en aquel tiempo para influir en los acontecimientos, tuvo que hacer también su propia transición desde el leninismo de obediencia soviética hasta el eurocomunismo según el modelo italiano o francés, para así aspirar a tener un protagonismo en la democracia española, protagonismo que paulatinamente fue perdiendo fuelle en la medida que se fueron sucediendo las consultas electorales.

7- «La crítica profunda a los actos de gobierno es una necesidad por no decir una obligación en un gobierno basado en la opinión pública. Pero el ataque irracionalmente sistemático, la permanente descalificación de cualquier tipo de solución con que se trata de enfocar los problemas del país no son un arma legítima porque, precisamente, pueden desorientar a la opinión pública en la que se apoya el propio sistema democrático de convivencia. Algo muy importante tiene que cambiar en nuestras actitudes y comportamientos. Y yo quiero contribuir con mi renuncia a que ese cambio sea realmente inmediato». Discurso de dimisión del presidente Suárez en TVE, de enero de 1.981.

Esa forzada acomodación de los partidos marxistas españoles a la nueva situación tras la muerte del dictador, me parece la mejor prueba de la peripecia de una izquierda desnortada que desde sus raíces totalitarias inspiradas en el marxismo, se vio en la necesidad de evolucionar al compás de los tiempos hacia posiciones democráticas no marxistas. Tal como se pretendía, esa acomodación a la realidad tuvo su recompensa electoral, si bien a cambio de ello tuviera que dejarse en el camino sus más significativas señas de identidad.

Algo similar a lo que pocos años antes había sucedido con la socialdemocracia alemana en el poder, período en que concentra sus esfuerzos en el desarrollo económico a través de la cogestión. A esa nueva realidad determinada por el devenir de la historia se acomodan la mayoría de los partidos socialistas europeos, más próximos a la política expansionista de los Estados Unidos en plena guerra fría que a sus principios internacionalistas de solidaridad con el tercer mundo. Y ello conduce como cabía prever a la gran crisis del socialismo, agonía en palabras de Unamuno, en la medida que la clase trabajadora abandona los postulados marxistas superados por una nueva realidad definida por el desarrollo industrial y el crecimiento de las rentas que contrasta con la ineficiencia del modelo socialista propuesto por la Unión Soviética y los países del este de Europa. Esta diferencia en el modelo de desarrollo evidencia las carencias del socialismo real y deja desarmados a quienes se empeñan en hacer frente al neo liberalismo de la sociedad post industrial, tal como previsoramente denunciara Anthony Crosland (*The Future of socialism*, 1956), autocrítica que se extiende hasta el congreso del SPD alemán de *Bad Godesberg* de 1.959.

Y aunque sea en sentido contrario, algo parecido cabe decir de la peripecia de la derecha clásica española que supo interpretar la historia, para encontrarse con la izquierda en un proyecto de reconciliación democrática entre los españoles. Todos pues, se puede concluir, contribuyeron a traer la democracia a España. Sin la colaboración y la